



LA SUPERSTICIÓN EN LA VIDA DEL MINERO

(A propósito de la "Leyenda del Tío en el socavón Caracoles" de Vicente Terán Erquicia)

Vicente Terán Erquicia escribió, probablemente en 1924, un magnífico cuento, muy breve y sin mayores pretensiones. La importancia de esta pieza literaria arranca del hecho de que, con toda naturalidad y sin ajustarse a esquemas preconcebidos, nos presenta dos problemas no sólo frecuentes, sino importantes en la existencia de los mineros: las relaciones entre los estudiantes que se proletarizan y la masa de los obreros que directamente viene del campesinado o, bien, que es asalariada generación tras generación; la explicación sobrenatural que de su propia situación dan los trabajadores.

Dos épocas

El cuento de Terán Erquicia transcurre en una época en la que la minería boliviana estaba ya atrapada en las redes del capital financiero y en la que se tecnificaba velozmente. Bolivia es un país atrasado, es decir, que no se ha desprendido del todo del pasado milenar y primitivo, pero allí donde hundió los dientes el capitalismo internacional ha conocido los milagros de la revolución tecnológica. Este colosal avance en la utilización de las adquisiciones de la cultura mundial se entrecruza, de manera dramática con la trampa pre-capitalista, vale decir, con las formaciones económico-sociales más primitivas y que conducen a los resabios del comunismo primitivo. Tales tendencias y realidades contradictorias conforman una unidad y que es la única manera en que puede darse el capitalismo entre nosotros.

Los avances del capitalismo tienen como punto de partida la utilización de la ciencia, que es todo lo contrario de la superstición o de las creencias religiosas. En la atrasada Bolivia el avance tecnológico y científico no elimina la superstición, sino que se entrelaza con ella. La revolución tecnológica se deforma cotidianamente. El obreros que maneja la maquinaria más sofisticada se abandona a las fuerzas sobrenaturales para poder explicar el sentido de su propia existencia, A su modo, el atraso cultural cobra venganza por el despotismo con que actúan las fuerzas invasoras del capitalismo. En otro plano es este atraso cultural el que determina no sólo la baja productividad de la fuerza de trabajo sino de las propias máquinas que para algunos dificultosamente jadean víctimas del "sorojchi" de las alturas. Si se exceptúa a la minería pequeña, que no atina a zafarse de la técnica rudimentaria, el escenario de la descripción de Terán Erquicia corresponde al pasado de la explotación de las minas. Actualmente, todos presumen que la industria minera está diseñada en el marco de la ciencia y de la tecnología más avanzada. Observada así superficial y esquemáticamente el panorama de la minería, tendríamos que concluir que en ella ya no hay cabida para la superstición. Las leyendas de los mineros (una mina es más leyenda cuanto más vieja es) no serían, a la luz de la realidad contemporánea, más que leyendas para ser contadas, pero ya no parte integrante de la palpitante existencia de los hombres-topos. Los esquemas vanamente pretenden estrangular la realidad. Las máquinas, los explosivos más refinados, los Tajos a cielo abierto, el cinematógrafo, los periódicos y folletos de propaganda socialista, no han logrado extirpar la superstición de la vida del hombre que pese a toda la tecnología, es el que se enfrenta a la roca granítica para extraerle sus secretos y sus riquezas.

La superstición tiene su lugar en la vida de los obreros, que son parte integrante y vital de una clase que políticamente convierte en realidad las categorías marxistas.

Hay que distinguir, y es obligado en este caso concreto, entre obrero individual y en cierta manera aislado, de la clase. La superstición se mueve libremente y a veces, como indiscutida soberana en el ámbito de la vida individual, particularmente del obrero directamente entroncado en el agro. La tierra

considerada como una deidad, unas veces insaciable devoradora, otras protectora del destino de los hombres y, en fin, amante con todas las facetas de la mujer, llega hasta el obrero por el canal campesino; mas, se transforma profundamente en la mente del hombre del agro trocado en minero. La deidad que rige la vida apacible del labrador y de los pastores, se deviene en deidad diabólica en las profundidades de la tierra.

Ni duda cabe que el bajo nivel cultural que domina en los medios proletarios constituye suelo abonado para que fructifique la superstición.

Cuando los obreros logran una expresión unitaria, avasalladora y superior a los individuos aislados, es decir, cuando se incorporan como clase, la superstición es relegada a las estratas más profundas del espíritu de aquellos, la actividad de la clase es política y en ella se enseñorean el dominio de las leyes del desarrollo de la sociedad, de la ciencia. Sería una lijereza sostener que la superstición y las creencias religiosas no tienen la menor influencia en los obreros que actúan como clase. La superstición, las viejas e irracionales creencias, se filtran lenta e invisiblemente en la conducta, en las actitudes, de quienes están llamados a sepultar una sociedad que no aprovecha plenamente los avances de la ciencia y que tienen la misión histórica de estructurar otra superior en la que la necesidad se transformará en libertad y en la que ya no habrá lugar para el gemido de la criatura angustiada. El fatalismo acentuado, el desprecio a la vida que se observan en la lucha política y sindical diarias, tienen más que ver con la superstición que con el marxismo.

Podría objetarse que para Terán Erquicia el universo de los mineros comienza y concluye en la superstición, que alguien que quiera presentar la verdadera fisonomía de los trabajadores del subsuelo no puede ignorar la faceta política de aquella. La observación puede ser valedera, pero la obra literaria de nuestro autor se salva porque presenta magistralmente la simbiosis, que se da en la realidad, entre superstición y vida cotidiana de los trabajadores. En esta medida el cuento que comentamos está dentro del realismo. Su belleza que es innegable a pesar de su sencillez y tal vez por esto mismo, radica en ser un retazo de la vida misma.

Hablar de la superstición de los mineros, así de una manera general, es caer en una abstracción que se aparta de la cambiante existencia de los hombres. La superstición descrita por Terán Erquicia sufre en nuestros días una profunda transformación en sus motivaciones y también en su proyección.

Las descripciones del cuentista potosino corresponden al obrero que parece enfrentarse fundamentalmente con la naturaleza desconocida y hasta sombría. El obrero de nuestros días, el de las grandes empresas mineras, está colocado cara a cara con el descomunal e incomprensible monstruo administrativo que son los grandes consorcios, con las máquinas diabólicas que obedecen la voluntad de fuerzas extrañas y lejanas y no de quien concluye convertido en un insignificante apéndice de ellas. El obrero individual, que produce plusvalía pero que ignora los secretos de su elaboración y de su apropiación, que es explotado por una imposición de las relaciones de producción pre-existentes, recurre a la superstición en busca de amparo, de consuelo y hasta de explicación de su desventurada existencia. El cálculo de los salarios, el descuento de la pulpería, la cubicación de sus avances o el volúmen de la carga extraída, la hacen las máquinas computadoras de una manera mecánica, inhumana, lejana, sin la menor participación de la víctima. El obrero que recibe una papeleta impresa con el monto de su salario, que no puede leerla, que no atina a comprender para quien trabaja y menos a vislumbrar el camino por el cual puede escapar de ser triturado por la diabólica maquinaria montada por el capital internacional, es empujado a la superstición.

Por esto mismo, tan apasionadamente abraza la política revolucioanria, el marxismo, la explicación científica de su explotación, de su opresión, el camino que debe recorrer para libertarse de su condición de asalariado.

1949

G. Lora

(escrito que permaneció inédito hasta la fecha. 1994)